cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE JULIO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Vuelos en el espacio y la mente

UNA GIMNASTA DE INCÓGNITA.
OLGA DE LEÓN

Había sacado mi diario y la pluma que recién había recibido como regalo del Día del maestro en la Facultad, era el primer intento, ese viernes por la mañana, para empezar a escribir mi cuento… Aún no sabía sobre qué escribiría. Pero eso no me preocupó, así me sucedía casi siempre, empezaba sin saber a dónde iba ni a dónde llegaría. Algo saldría, traía fresca algunas lecturas sobre la historia de los noruegos, suecos, daneses, en fin, estaba leyendo sobre los Países Bajos.

De suerte que lo que en ese momento me preocupaba un poco más, era que pudiera inhibir el dolor del antebrazo y los dedos de la mano derecha, para dejar correr la pluma sobre la línea; en el codo, ya era más soportable el dolor: las terapias habían empezado a hacer su efecto.

Esperaba en la estancia externa a la Sala de Terapia física, a que me llamaran, cuando decidí escribir un rato. Pronto recibiría el apapacho profesional y gentil de la gente de ese lugar, todos ellos amables y bien capacitados. Después de veinte minutos, me nombraron: ya era mi turno. Me levanté y entré a terapia. Me indicaron el lugar donde debía sentarme. El joven técnico físico terapeuta, trajo los instrumentos, la lámpara y me preguntó si quería un cojín más bajo para descansar completo mi brazo. Asentí. Luego me anunció que aplicaría también calor a mi antebrazo: eso me hizo feliz… se siente muy bien el calor, me disminuye mucho el dolor.

Quedé justo enfrente de una linda niña de no más de once o doce años. En cuanto la vi quedé estupefacta, pues supe que era ella, por su carita afilada y dulce, su mirada radiante y sus cabellos de color castaño-dorado. Y por si hubiera duda de que era ella y no otra, sobre sus piernas tenía una mano y en el dedo anular de esa mano derecha lucía la sortija que la identificaba como miembro de la familia real: el escudo esculpido sobre el oro y bajo un zafiro, no era otro que el de su familia. No había duda, era la mismísima princesa Dánica.

Desde la ocupación de los nazis, las familias reales habíanse ido a las montañas o a lugares apartados y guardaban una apariencia de bajo perfil, para no llamar la atención del resto de los pobladores; mientras el ejército y los más jóvenes entre los soberanos luchaban por restaurar la paz en el reino, haciendo frente a la invasión con las pocas fuerzas y capacidades que tenían. No era un pueblo violento ni propenso a la guerra, era un pueblo en un setenta por ciento constituido por gente del campo y la labor, pacíficos, defensores de sus causas y de aquello en lo que creían. La historia cuenta como fueron del catolicismo al protestantismo, y viceversa, según las alianzas y el origen de los hombres en el poder.

La joven princesa, en pleno siglo XX, descendiente del rey Olaf solo sabía que a nadie debía revelarle su secreto. Ciertamente, hacía ya mucho tiempo que las disputas por el poder habían quedado aparentemente atrás. La casi aún niña comenzó a moverse inquieta, al percatarse que la observaba. Ambas atendíamos a la Sala de Rehabilitación. Comprendí lo que pasaría por su mente y queriendo tranquilizarla, pregunté: -¿Qué te pusieron en tu brazo: frío o calor? -Frío; -me contestó. –Y seguí con mi interrogatorio-rompe-hielo, según yo. - Qué te pasó, ¿te quemaste?

Esbozó una sonrisa y dijo: -me caí. - ¡Ah!, mira qué coincidencia, yo también me caí hace una semana: tropecé con una diferencia en el concreto de la banqueta por donde iba con mi perrita, y me resbalé, no aguantaron el dolor mis rodillas ni las manos impidieron que hasta rostro y cabeza tocaran el suelo… Ella, sonrió.

- ¿Cómo fue tu caída?

- …soy gimnasta. Me caí de la cuerda.

- ¡No me digas! Yo estaba pensando que eras una princesa noruega, o sueca, o danesa, que se escondía para que no la molestaran con preguntas impertinentes sobre su familia...

- La niña volvió a sonreír; ahora con mayor soltura, pero sin hacer demasiada confianza.

Alrededor nuestro se movían atendiendo a diversos pacientes las licenciadas en enfermería, técnicos físico terapistas y rehabilitadores, todos: siete mujeres y un varón, sin que importara que ese día, 5 de julio, se celebraba su día, el día de los profesionales de la terapia física.

A punto de terminar mi tratamiento, levanté la vista y la dirigí hacia enfrente, en ese instante, entendí que efectivamente, quien estaba sentadita allí, ¡era una gimnasta!, no la princesa Dánica.

PIRUETAS EN EL ESCENARIO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Encontré en la bandeja de entrada un mensaje de correo electrónico antiguo que me recordó un incidente viejo sucedido con una tal señorita Aleksandra, a quien conocí en mis tiempos de artista con una compañía de danza rusa, luego de que volviera a mi país natal, una vez completada mi estancia de cuatro años de aprendizaje en Italia.

Aunque no fue mi primer trabajo, sí se trató del primero de tiempo completo. Transcurría tal y como lo sueña un bailarín, tal y como uno lo quisiera preservar toda la vida: Los ensayos comenzaban por ahí de las nueve de la mañana, y se entrenaba hasta la una de la tarde, para tener luego una hora y media de comida, y se volvía de nuevo hasta que daban las seis treinta. De lunes a viernes.

El primer año transcurrió de manera fantástica. La tal señorita Aleksandra se entrometía poco con los bailarines. Ella cumplía más bien un trabajo administrativo que en su interacción con ellos, se limitaba simplemente a la elaboración de contratos.

Ella era delgada, de nariz prominente y un tanto morena para alguien que ha nacido en Rusia. Su desprestigio ocurrió de la noche a la mañana. Al final, se descubrió que hacía firmar a los bailarines dobles contratos, con los que justificaba erogaciones de nómina más altas de las que eran necesarias. Recuerdo perfectamente que cambiaba fácilmente de joyas. No llevaba muchas, (un anillo en cada mano y un collar); pero sí variaban frecuentemente y pocas veces se repetían.

En pocas palabras, la señorita Aleksandra era una sinvergüenza. Cuando uno de los bailarines le pidió asesoría para una tarea de contabilidad, antes de que se descubriera su esquema de fraude y cuando nuestro amigo bailarín estudiaba de manera paralela la carrera de administración, la señorita Aleksandra le dijo que los sábados impartía precisamente una clase de contabilidad. Organizó a tres amigas para que estuvieran listas en su casa simulando ser sus alumnas, con el objeto de, un día, lanzársele encima al bailarín, en la primera oportunidad que se presentara. Sobra decir que él contaba con un cuerpo atlético y estaba por lo demás, muy bien dotado.

Lo que nuestra señorita Aleksandra no sabía, era que a su proyecto de presa no le gustaban las chicas, sino los chicos, por lo que cuando finalmente él la tuvo encima a ella, soltó el más grande grito, que casi deja sorda a la señorita Aleksandra. En venganza, ella procedió a acusarlo de abuso, con la complicidad de sus supuestas alumnas.

El caso finalmente no procedió cuando al juez le llegó una carta anónima que ponía al descubierto las artimañas de la señorita Aleksandra. Era una misiva en la que aparecía una liga a un sitio de internet donde podía descargarse el video de los hechos, gracias a una cámara escondida que la misma señorita Aleksandra había preparado en su propia casa, en caso de que las cosas salieran mal para ella (pues no conocía del todo bien a nuestro bailarín). El video lo compartió con sus falsas alumnas y una de ellas, luego de una fuerte discusión con la señorita Aleksandra, tuvo el empacho de compartir con los bailarines de la compañía. Todos estuvimos de acuerdo en enviar la liga de manera anónima al juez del caso.

Cuando los dueños de la compañía se enteraron del esquema malévolo de la señorita Aleksandra, decidieron escrudiñar todas sus actividades contables, y encontraron el fraude de los contratos. Levantaron una denuncia en contra de ella y despareció. Algunos dicen que se fue a vivir a Brasil con el dinero defraudado. Otros, que en la huida tuvo un accidente automovilístico por el que perdió la vida.

Cualquiera que haya sido su desenlace, nunca más volvimos a verla. Y ahora que reviso antiguos mensajes de correo electrónico y me encuentro con su invitación a cenar a la que no accedí, de tiempos de mi primer año de trabajo con la citada compañía, pienso en lo afortunado que fui al no embrollarme con la tal señorita. El peso de mis actuales pesares cotidianos desaparece mientras respiro un aire libre y claro, como las piruetas de un águila sobre el escenario.

Joana Bonet

"Flush, flush"

"La revista que observa el mundo a través de los espejos del baño". Sólo en Francia podía surgir la iniciativa de dedicarle un magazine a la toilette. Pero, ojo, Flush no es una publicación dedicada únicamente a las tendencias en inodoros y mamparas de ducha, tampoco a nuestra relación con los cuartos de baño –a la paruresis, la fobia de algunos hombres a orinar en público, por ejemplo–, sino que hay lugar para reportar las condiciones sanitarias en campamentos de refugiados o en cárceles. La periodista Aude Lalo, su artífice, defiende que la salud, el progreso, la ecología, el urbanismo y hasta las relaciones sociales pueden escrutarse a través de la evolución y uso de los urinarios.

De cuarto de las vergüenzas o sancta-sanctórum doméstico, privado –por tanto cerrado– y discreto, pocos espacios de la casa –después de la cocina convertida hoy en altar– han evolucionado tanto, no en vano es el lugar donde empiezan y acaban nuestros días, donde nos relajamos y desahogamos cantando o llorando en la ducha.

Los baños de nuestra infancia eran recónditos y bastante feos. Hoy presumen de veteados mármoles, tecnología de última generación, váteres domóticos que abren la tapa nada más acercarte a ellos, como si te olieran, y hasta grifería en negro mate personalizada con nuestras iniciales. "El lugar de uno mismo" –como lo denominó el escritor Manuel Hidalgo– permite, mucho más allá de la escatología, definir nuestra relación con "lo privado" y extraer su componente socioíntimo.

Recuerdo la polémica surgida en torno a la fotógrafa Lee Miller cuando se autorretrató en la bañera de Hitler para quitarse la mugre del campo de Dachau, y coincidió con que ese mismo día el Führer se suicidaba en su búnker berlinés.

Suciedad y su reverso, limpieza; intimidad y pudor; secretismo y refugio, todo ello abarca un baño, transformado en una de las estancias más seductoras en las casas de diseño. Basta un rápido

LES DESSOUS DE L'INDUSTRIE

Quand votre trône devient design

La start-up Trone s'est lancé le pari fou de faire des toilettes un objet esthétique. Le début d'un succès.

LES DESSOUS DE L'INDUSTRIE

recorrido a través del cine para comprobar la importancia como escenario que tiene en nuestras vidas. El filósofo Slavoj Zizek, siempre extremo, proponía una teoría acerca de las diferencias entre los váteres –tanto por su morfología como por su ubicación en los cuartos de baño– de algunos importantes países europeos para afirmar no sólo que cada inodoro es fiel reflejo de la cultura que lo ha creado, sino que "cada vez que vas al baño te sientas encima de la ideología". Puede que sea cierto, y que, efectivamente, los franceses mantengan su tradición revolucionaria, los británicos sean pragmáticos y los alemanes reflexivos mientras que algunos españoles mean fuera de tiesto.

Conquistado, disputado, deseado, qué alivio produce correr el pestillo que nos garantiza unos minutos de invisibilidad.

Angela Peralta

Ángela Peralta, quien a los 15 años de edad debutó en el Gran Teatro Nacional para luego destacar en escenarios de Europa y América, está considerada como la máxima estrella del canto mexicano que hizo honor al sobrenombre que le dieron en Italia: "Angelica di voce e di nome", es decir, "Angélica de voz y de nombre".

El talento de la artista fue reconocido desde los ocho años de edad, cuando tras cantar la cavatina (canción corta) de la ópera Belisario, compuesta por Gaetano Donizetti, obtuvo una beca para estudiar en el Conservatorio Nacional de Música.

Su formación la llevó al éxito y a viajar a Europa, donde el 13 de mayo de 1862, en el Teatro de La Scala de Milán, interpretó Lucia de Lammermoor, que le valió salir al escenario en 32 ocasiones para agradecer las ovaciones de los asistentes.

Su voz conquistó a públicos de Turín, Génova, Nápoles, Roma, Florencia y Bolonia, en Italia; Lisboa, Portugal; París, Francia; Barcelona y Madrid, en España; la ciudad rusa de San Petersburgo, además de El Cairo y Alejandría, en Egipto, sitios en donde canta ante personalidades como el rey Víctor Manuel II.

Durante más de una década viajó del Viejo al Nuevo Continente, fue invitada de honor de los entonces emperadores Maximiliano y Carlota de Habsburgo, realizó giras por Estados Unidos y Cuba.

Luego de radicar un tiempo en Italia, en 1877 se asienta de manera definitiva a México para presentar con éxito la ópera Aída, de Giuseppe Verdi; Gino Corsini, del mexicano Melesio Morales, y Guatimotzin, ópera de su compatriota Aniceto Ortega.

También fueron muy reconocidas sus habilidades para tocar arpa y componer piezas como valses, galopas, polkas, mazurkas, danzas, fantasías, así como canciones entre ellas Adiós a México, Un recuerdo de mi patria y Margarita.

En 1883, durante una viaje en barco hacia Mazatlán, Sinaloa, ella y otros 80 integrantes de su agrupación contrajeron fiebre amarilla y el 30 de agosto de ese año, Peralta falleció; la misma suerte corrieron 74 integrantes de la Compañía de Ópera Italiana.

Por ser una de las sopranos mexicanas más ovacionadas en la historia de la ópera, varios teatros del país llevan su nombre, así como el corredor cultural que se encuentra a un costado del Palacio de Bellas Artes.

Los restos de Ángela Peralta, cuyo nombre completo es María de los Ángeles Manuela Tranquilina Cirila Efrena Peralta y Castera, se encuentran en la Rotonda de las Personas Ilustres de la Ciudad de México, donde fueron depositados en 1937.

ad pédem literae

"El éxito es aprender a ir de fracaso en fracaso sin desesperarse"

Winston Churchill

Letras de buen humor

"Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas."

Albert Einstein